

LA IGLESIA DEL SIGLO XXI

Dicho esto, pienso que la Iglesia en América Latina, la Iglesia “actual”, la Iglesia viva, esa tercera Iglesia de la cual formamos parte podría tal vez adaptar y precisar sus objetivos de acuerdo con la situación tal como la vemos.

1.- Respecto a esa primera Iglesia, la “tradicional”, nos corresponde atenderla con un doble fin: mantener viva su fe y su piedad, aun cuando se expresen en el marco de una cultura que va declinando. Muchos de quienes componen esa Iglesia morirán con su cultura y hasta su último día vivirán su fe “a lo que se criaron” y tienen derecho a ello.

Ellos son los que nos piden los sacramentos para sus hijos: el bautismo, la primera comunión, el matrimonio religioso, la unción de los enfermos y el funeral religioso. Incluso la confirmación aun cuando esta suele ser cada vez más decisión de los propios jóvenes.

A través de las catequesis sacramentales correspondientes, debemos enriquecer su fe y su piedad y, dentro de lo posible, hacerlos pasar a esa Iglesia actual de que hemos hablado: este sería el segundo objetivo.

Además, muchos que pertenecen a la Iglesia tradicional pueden prestar grandes servicios a toda la Iglesia, por la solidez de su fe y la firmeza de su piedad, en la catequesis, en la liturgia y sobretodo en las obras de caridad fraterna y de servicio a la comunidad. Muchos de ellos son ancianos los que, hoy mas que antes, suelen disponer de tiempo y de buena voluntad, de salud y, a veces, incluso de recursos que les permiten ser muy útiles cuando el pastor sabe comprenderlos, apoyarlos e invitarlos a integrarse en la comunidad parroquial.

2.- La atención de la segunda Iglesia a que me he referido, la Iglesia “crítica”, la que ha pasado por las 5 grandes olas a que me he referido y sigue siendo católica, pero con sus dudas, sus reservas, sus objeciones, es más compleja porque son muchos los problemas que hoy se discuten en el mundo laico, al cual ellos en gran parte pertenecen. Es muy importante que los pastores den a conocer, en el lenguaje de hoy, el punto de vista cristiano sobre los problemas más importantes o más actuales. Pero esas orientaciones deberán expresar un conocimiento realista, ubicado y actualizado de las situaciones concretas, para lo cual deberán los pastores escuchar no solo al clero más cercano a la gente, presbíteros y diáconos, a los religiosos y religiosas, sino también a los educadores y a los cristianos laicos, con su experiencia de la vida de matrimonio, de la educación de los hijos, de la vida de trabajo, del mundo de la entretención y de la comunicación.

Algunos de los grandes temas que deberán tratar los pastores, basados en una experiencia de la realidad y a la vez en criterios serían:

A. La familia. No solo algún problema marginal como una ley de divorcio civil o la propaganda de un método anticonceptivo, por importantes que sean, sino la situación concreta en que viven hoy las familias, las dificultades que encuentran, sus verdaderas aspiraciones y lo que esperan de sus pastores, cuando tienen fe y se sienten pertenecientes a la Iglesia. El Informe de la Comisión Nacional de la Familia, de la década del 90, puede ser una muy buena base para un estudio de la realidad familiar en Chile y permitir que la enseñanza del Evangelio penetre más en la realidad de la vida diaria y concreta.

B. Otro tema en que los pastores debieran dar una orientación clara y actualizada es el de las relaciones entre católicos y cristianos de otras denominaciones, extendiéndola no solo a los ortodoxos, a los protestantes, evangélicos y pentecostales y a las llamadas sectas sino también a los grupos minoritarios, pero a menudo fervientes, de judíos, de musulmanes y de adeptos de otras religiones o creencias. Hemos de tener muy claro “lo que nos une”: la fe en Dios, la Biblia, el Evangelio, una concepción ética de la vida, tradiciones milenarias de fe, de piedad y de virtud. Tenemos que procurar superar “lo que nos divide”, a menudo factores históricos de los que los creyentes de hoy no somos directamente responsables. Debemos tratar de superar errores, prejuicios, abusos, incomprensiones, conflictos de otros tiempos y también actuales, debemos escuchar críticas y reproches justos o injustos, debemos reconocer errores, aun cuando otros no reconozcan los suyos y expresar nosotros también nuestras críticas con humildad y en forma positiva. Debemos también explicar cuales son las diferencias y por qué nosotros adherimos a ellas. Y por último invitarnos los unos a los otros a ser cada día mas fieles a nuestras propias religiones, convencidos que la verdadera unión se realiza en la santidad, santidad de los unos y de los otros, cada cual dentro de su propia religión.

C. Un tercer tema, muy importante para establecer una relación cordial con el mundo laico es el de la moral, de la ética, para usar la palabra hoy preferida en el mundo laico, elaborada en el curso de los últimos siglos, en la Edad Moderna, al margen de la Iglesia Católica y muchas veces al margen de toda consideración religiosa y que representa un enorme esfuerzo por mejorar las condiciones de vida, por superar las injusticias y los sufrimientos evitables. Me refiero a los derechos humanos, a la democracia y a la

resistencia a las dictaduras y a sus arbitrariedades y abusos. A la preocupación por la salud y la educación. A la atención de los ancianos y de los discapacitados. A las víctimas de violencia intrafamiliar o de maltrato infantil. A las adolescentes embarazadas, a los niños no deseados y no aceptados. Hay una nueva sensibilidad ante las desgracias colectivas: terremotos, epidemias, hambrunas. Hay una expresión de solidaridad ante los grandes padecimientos humanos, ante los genocidios y otras calamidades producidas por la naturaleza o por los hombres. Todo esto puede ser insuficiente y a veces deficiente. Se queda a menudo en manifestaciones y en gestos simbólicos sin llegar a realizaciones plenamente satisfactorias. A veces se proponen soluciones que pueden ser peores que los males, como en el caso del aborto. Es cierto, pero la intención originaria es buena, procede de un sentimiento de fraternidad universal, de filantropía como dicen algunos, que se inspira probablemente en la enseñanza cristiana pero tiene también sus raíces en un fondo naturalmente bueno y justo del hombre. Nosotros los cristianos tenemos que saber valorar esta ética laica, entrar en ella, hacerla nuestra y, con tino y con respeto, purificarla y enriquecerla con el Evangelio y con la gracia.

D. Tal vez sea prematuro volver a dar una enseñanza en el campo político, económico y social. Los grandes trastornos de fines del siglo XX, la caída del Muro de Berlín, el abandono -al menos parcial- del socialismo, el triunfo -talvez efímero- del liberalismo, la subordinación de la política y de lo social a lo económico, la búsqueda de la felicidad en el consumismo y en el permisivismo, la globalización y su contrapartida: la privatización que cambian nuestras escalas de vida y de valores nos tienen a todos un tanto perplejos. Para subsistir hay que entrar en el sistema y sacar de él el mayor

provecho posible. Hay que desapegarse de viejas pertenencias, de ideologías y aun de ideales que hoy parecen desuetos. Hay que recurrir al “désengagement”, el descompromiso que aconsejan algunos filósofos. Pero también y sobretodo hay que pensar en un futuro que trascienda al economicismo, al materialismo y al agnosticismo prevalecientes y echar las bases de una antropología, de una visión del hombre que se abra hacia Dios. Por ahora talvez tengamos que contentarnos con críticas y con sugerencias parciales y con animar la esperanza.

3.- Si miramos ahora a la Iglesia actual, la que construyen los pastores y los cristianos de hoy, también veo la conveniencia de algunas iniciativas innovadoras.

No cabe duda que la parroquia, que ha sido como la columna vertebral de la pastoral de la Iglesia, no puede funcionar ya como centro. La gente vive menos en un vecindario, en un barrio. El auto y la vida urbana ensanchan el horizonte antes reducido a la Iglesia y a la comunidad parroquial. Hay menos clero. Las parroquias son inmensas e imposibles de atender como antes. Y los fieles reciben mensajes de todas partes -especialmente en la pantalla de su living- que reducen a una mínima influencia los de la parroquia.

Talvez deberá la atención parroquial hacerse mas sencilla, mas eficiente, mas planificada y estandarizada para poder atender a más gente con menos clero. Ya no podrán los párrocos pasar muchas horas inventando y planificando a pequeña escala iniciativas pastorales personales y locales. El presbiterio diocesano unido con su obispo deberá organizarse en forma que los talentos y los esfuerzos de cada uno se aprovechen mejor por todos y para todos y no solo para el grupito local.

Se advierte también una necesidad de coordinar mejor el episcopado con el clero diocesano, los religiosos y las religiosas y los movimientos laicos. En la medida en que las iniciativas y las decisiones más generales parezcan venir casi exclusivamente del clero, sin una participación responsable y vital de religiosos y de laicos organizados, la Iglesia carecerá de la unidad de orientación y de acción que aumentaría grandemente su influencia en el mundo. Debemos encontrar una manera para que todas las fuerzas vivas de la Iglesia de un mismo país puedan participar plenamente en la elaboración y la realización de los planes y de las actitudes pastorales y permita una imagen única de Iglesia ante el país, bajo la responsabilidad de los obispos para con una plena participación de todos los estamentos.

Por una parte, todos los agentes pastorales, empezando por el clero y los religiosos, tenemos que tener una visión total del apostolado, de la pastoral, de la acción de la Iglesia en el mundo. Por otra parte, nadie es capaz de hacerlo todo o de desempeñar cualquier rol. Cada cual, cada cristiano y cada grupo o familia religiosos, deberá ver para qué sirve mejor y prepararse para hacerlo bien, sin criticar a los que tomen otra opción, sino por el contrario alegrándose de que haya quienes hacen lo que uno no es capaz de hacer y colaborar con todos.